

# JOHN DODO

Y LA ESPADA DE LA TEMPESTAD



DESTINO

# JOHN DODO

y LA ESPADA  
DE LA TEMPESTAD



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *John Dodo e la spada delle tempeste*  
© del texto y las ilustraciones: Book on a Tree, 2021  
Una historia de Book on a Tree  
www.bookonatree.com  
© de la traducción: Editorial Planeta, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2021  
ISBN: 978-84-08-24939-9  
Depósito legal: B. 16.459-2021  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## CAPÍTULO 1

# ¿UNA ESPADA EN LA ROCA?

—Zocorro. Me tienen *zeczuestrado* en la torre.

Apunté la espada hacia Dindo Armadillo.

—¿No puedes darle un poco más de emoción? —dije.

—¡Eso! —gruñó Katia Parda, aprovechándose de mi momento de distracción para propinarme una estocada con la suya—. ¡Eres el príncipe menos convincente que he visto en mi vida!



—¿Qué *paza*, que *haz vizto muchoz* o qué?

—respondió él, vacilón.

—Intenta lloriquear un poco, como cuando te van a interrogar —le sugirió Greta Gineta.

Dindo le dirigió una mirada resentida,

antes de volver a chillar (con aún menos ahínco) desde la cima de

la torre (o sea, una gran roca

recubierta de musgo cercana

a un riachuelo, que habíamos

descubierto el día anterior).

Estábamos en el valle a

los pies de la Colina

Coliflor: entre los

árboles del

bosque se



entreveía Villa Dodo, un pequeño rectángulo rosa recortado en el cielo azul. Extendí mi espada hacia Katia.

—¡Ríndete, bellaca! ¡Nunca te harás con nuestro prisionero!

—¡Eso ya lo veremos, maldidodo! —rugió ella, desde dentro de la caja de galletas que le servía de yelmo, mientras cruzaba el puente levadizo (es decir, una fila de palos sobre la tierra).





La «recreación medieval» era uno de nuestros juegos favoritos. Consistía en disfrazarse de princesas y caballeros y combatir con armas de madera y cartón. Con la excepción de ese chulito de

Félix que, como de costumbre, había conseguido que sus padres le compraran una reproducción de plástico idéntica a una verdadera espada medieval. Justamente la que ahora agitaba en la dirección de Greta, aunque con poco éxito, ya que ella avanzaba hacia él con decisión, lanza en ristre (o, más bien, palo de escoba bajo el sobaco).

—Ay. Qué *zerá* de mí... —se lamentó entre

¡DESPUÉS DEL BALONDO. EVIDENTEMENTE! F. L.

bostezos Dindo desde la cima de la roca.

—¡Por todas las garras! ¡Ponle algo más de énfasis, tío!

—protestó Katia.

—Eso, ¡recuerda que tu vida está en peligro!

—explicó Rita Ornitorrinco, mientras se peleaba con el colador que llevaba en la cabeza por poder ver algo—. ¡Pero estamos aquí para salvarte!

—Ya te digo que *z*í *eztoy* en peligro —repuso él—. ¡*Zi* me caigo *dezde* aquí arriba, acabaré en medio de *ezoz ezpinoz*! ¿Por qué tengo que *zer* yo el príncipe al que hay que *zalvar*?

—¡Silencio, prisionero! ¡O te corto la cabeza! —le gritó desde abajo Félix.





*Pues claro, ¡es un rollo total! K. P.*

—Porque  
Katia, Greta y  
Rita se hartaron  
de ser las

princesas —le  
recordé— y ahora


nos tenemos que turnar. Esta vez les toca a ellas  
ser las guerreras que asaltan la torre. Y nosotros  
somos los guardias que intentan frenarlas.

La explicación no parecía convencer a Dindo.  
Dio una patada a un pedazo de musgo que  
sobresalía de la punta más alta de la roca. Y,  
naturalmente, sucedió lo inevitable: falló,  
perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás.

 ¡Zocorro!

 ¡Mucho más creíble!




 **¿Adónde ha ido? ¡Le tocaba hacer de príncipe, no de mago!**

 **Lo he visto caer por ahí detrás...**

Me apresuré a rodear la enorme piedra, seguido por los demás. Escuchamos un ligero crujido que provenía de la mata de espinos.

 **¿Se habrá hecho daño?**

 **¡Venga ya, todo el mundo sabe que los armadillos son acorazados!**

 **Sí, pero también son unos quejicas que no veas...**

Sin embargo, de las zarzas no llegó ni un quejido; lo cual era realmente extraño, conociendo a nuestro amigo. Todo permanecía en silencio. No se oía ni el más ligero suspiro. Parecía que el bosque entero mantuviera la respiración.


Nos acercamos al matorral con recelo, como si fuera una planta carnívora. Luego, un movimiento inesperado de las hojas nos arrancó un grito. Una corona de papel de aluminio medio aplastada salió de los arbustos y, tras ella, el hocico de Dindo.

—¿Por qué?! ¿Por qué *ziempre* tiene que *pazarme* algo a mí?!

—¡Ajá! —exclamó Rita, orgullosa—.


¡Hemos salvado al príncipe!

Y le extendió una pata para sacarlo de ahí.


 ¡Ay! ¡*Ezpera!*

 Por todos los dodos, ¿qué pasa ahora?

 *Eztoy* enganchado...

 ¡Te liberaremos con nuestras espadas, oh, príncipe!



 **Con nuestras espadas de juguete,  
¿quieres decir? ¡Cortan menos  
que tu cola aplanada!**


 **¡Lo intento con la mía!**


Se me escapó una carcajada.

—Félix, es una réplica chulísima, pero  
¿no ves que se dobla? —le pregunté.

Al final seguimos la idea de Greta  
y, con las espadas de madera, nos  
abrimos camino entre las zarzas hasta  
llegar a Dindo. Sin embargo, por  
mucho que tirábamos, no conseguíamos  
liberarlo. Parecía pegado a la roca.



 **Oye, ¡creo que está enganchado  
de verdad!**

 **¡Claro! ¿Qué creías?**



**No sería la primera vez que te quejas por nada...**

Rodeé a nuestro amigo para inspeccionar su espalda.

—Tienes algo metido en los tirantes... Parece salir de la roca.

—¡Oh, no! Por favor, ¡dime que no es un esqueleto!

—No digas doderías. Pero sí que es algo raro...

Con dos de nosotros a cada lado y Rita al frente de la operación, agarramos a Dindo

por debajo de los brazos.

Luego, levantando todos a la vez, conseguimos liberarlo. Nos



dimos la vuelta para estudiar esa cosa que lo había tenido agarrado. Tenía la forma de cruz y salía de un agujero en la piedra. Un rayo de luz atravesó la corona del árbol y fue a parar en el objeto con un destello metálico. Félix me agarró por el brazo.



—Oye, no te parece... ¿la empuñadura de una espada?

Bocas y picos se abrieron todos juntos.

—¿Una espada DE VERDAD?

La miré más de cerca.

—¡Por todos los dodoblones de un tesoro!

También tiene hoja, pero está clavada en esa grieta...

Nos miramos todos ojopláticos e impacientes.

 Entonces, ¡saquémosla!

 ¡Venga!

 ¡Dale!

 ¡Sácala!

 ¡Tira!

 ¡Empuja!

 Pero qué dices, Rita, ¡tenemos que sacarla, no meterla más!

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Quienquiera que hubiese clavado la hoja en la piedra, lo había hecho concienzudamente.

—Venga, un último esfuerzo... —jadeó Félix, con los dientes apretados.

—¿Último? ¡Eztaremos aquí *hazta* mañana por la mañana! —resopló Dindo, entre tirones.

Greta se sacudió el sudor del pelo.

—Debe de haber al menos un metro de espada, ahí dentro...

—¡Entonces hay que seguir! —respondió Félix, animándonos—. ¡¡¡Vamooooos!!!

Asentí y tiré con todas mis fuerzas.

Con la ayuda de todos, la espada se movió otro poco hasta que...

¡FIUUUUMMM!

Con un silbido, salió de golpe. Nos cogió tan por sorpresa que salimos disparados hacia





atrás y rodamos hasta el tronco de un roble.  
En cuanto conseguimos levantarnos, nos  
pasamos el trofeo de ala en pata,  
admirándolo.

—¡Ahora sí que podemos jugar de verdad!  
—declaró Félix, simulando un par de ataques  
antes de pasarme la espada.

Pesaba mucho más que las nuestras y me  
bastó empuñarla para sentirme un verdadero  
caballero. La apunté hacia el cielo:  
aunque la empuñadura estaba  
un poco oxidada, la hoja  
brillaba con reflejos dorados.  
Fue entonces cuando un  
estruendo sacudió el bosque  
entero.

